

29

CUADERNOS
EL PÚBLICO

ELS JOGLARS

veinticinco años
y
un día



INSTITUT DEL TEATRE
Diputació de Barcelona



1900029720

ÍNDICE

- 4. Albert Boadella, el instinto del bufón (Elena Posa).
- 15. Viaje iniciático a la utopía (Glòria Rognoni).
- 25. Crónica de una historia polémica (Gonzalo Pérez de Olaguer).
- 37. Teatro y queso fresco (Jaume Collell).
- 42. Tocata y fuga (Jaume Melendres).
- 45. La carrera internacional de Els Joglars (Jaume Boix Angelats).
- 51. Reproches y seducciones (Joan Abellán).
- 61. Espacio-continente, espacio-contenido (Iago Pericot).
- 67. Titirituales (Miguel Bayón).
- 69. Boadella sin Joglars (Maryse Badiou).
- 75. Una economía sin raíces (Santiago Fondevila).



Empujado probablemente por la necesidad que de vez en cuando sentimos los escritores de conocer en vivo personajes y situaciones que a menudo hemos descrito en la ficción, decidí —al saber que se preparaba este suplemento— intentar la aventura de localizar a un personaje olvidado y gris que jugó, sin proponérselo, un papel importante en la historia de Els Joglars; el hombre que custodió a Albert Boadella durante su estancia, como preso, en el Hospital Clínico de Barcelona y que, atónito, descubrió su rocambolesca fuga. Siempre creí que él podía aportar datos inéditos sobre este triste episodio y su estimulante desenlace.

Encontrar a Z. G. L. primero y, después, convencerle para que se sometiera a mis preguntas no ha sido nada fácil, por supuesto. Por todas partes, silencios, caras de póquer, reticencias. Cuando pido información, sus antiguos compañeros se escudan en la ignorancia o en las evasivas, como si gravitase todavía sobre sus conciencias el peso de la vergüenza ajena. "Se pidió la baja", dicen, "se largó, simplemente". Otro precisa: "Vendió su piso. Acababa de poner parque, pero lo vendió barato. Era soltero, sabe". Comprendo por el tono de voz que es precisamente mi informante quien le compró el piso y sigo su rastro. Pequeños indicios, valiosos detalles que me sitúan lentamente sobre el buen camino.

Y al fin está ahí, frente a mí, con los codos sobre la mesa de un bar del Paralelo. Es un hombre joven todavía, aunque han pasado ya diez años, y de aspecto sencillo. Le he prometido no revelar su nombre, no retratar su rostro, no grabar sus palabras, pero todavía me mira con desconfianza. Creo que es mejor abordar la cuestión sin eufemismos.

—¿Le odia todavía? Suponiendo que le haya odiado alguna vez, desde luego.

Duda unos instantes, toma un sorbo de cubalibre, mira a su alrededor y por sus ojos pasa un escalofrío. Temo que vaya a marcharse antes de abrir la boca. Pero, de repente, habla.

—"Me hizo el túnel, ¿comprende? Lo que se dice una vaselina. Se aprovechó de mi buena fe".

—¿Me cuenta cómo ocurrió?

—"No —dice sin pensárselo—. No voy a contarle intimidades, puede estar seguro".

Comprendo en seguida que para llegar al fondo habrá que presionar sobre las alas. Z. G. L. todavía no ha bajado sus defensas.

—La custodia de presos en el hospital ¿es un servicio peligroso?

—"Realmente, no. Casi nunca vienen los colegas para llevarse al preso a tiros. Tiene cosas agradables, a algunas enfermeras les van los uniformes, ya ve lo que quiero decir. Y los delincuentes no suelen crear problemas. Están demasiado jodidos, casi siempre".

—¿Él también lo estaba?

—"Cuando vi a Boadella por primera vez —pronuncia el nombre correctamente, incluso la elle—, me pareció bastante enfer-

mo. Estaba muy pálido. Le vi demacrado, esmirriado, anémico. Luego supe que era así de natural. Y cuando me dijeron que era actor, no me lo podía creer. Yo siempre había pensado que los actores eran otra cosa. Recuerdo que me dije: "Qué mal debe estar el teatro ahora, si los actores son así".

—¿Qué hacen juntos durante tantas horas, ustedes y el preso?

—"Bueno, este es el aspecto más duro del servicio. Es como un secuestro, ¿sabe? Sí, exactamente igual. Sólo que con los papeles cambiados. Un hombre encerrado en

TOCATA Y FUGA

JAUME MELENDRES

una habitación contra su voluntad. A horas fijas, alguien le entra la comida, generalmente escasa y mal cocinada. Y tú, ahí, sentado, vigilando que no se escape. Pero él es el malo, y tú, el bueno. Según cómo; es más duro que en un secuestro, porque no puedes fumar".

—O sea —digo—, que se produce algo así como el síndrome de Estocolmo a la inversa.

—"Ese es el peligro. Acabar jugando a las cartas. Charlar".

—¿Usted lo hizo?

—Jugar a las cartas, no. Desde luego que no. Pero charlar era inevitable".

—¿Puedo preguntarle sobre qué?

—"Bueno... Teníamos puntos de vista comunes, en cierto modo".

—¿Usted y Boadella? Parece difícil de creer.

—"Pues sí —dice, y hay en su voz una punta de orgullo—. Sobre la democracia, por ejemplo. Los dos coincidíamos en que los partidos políticos no servían para gran cosa. Él decía: "Ya verás cómo no hacen nada para sacarme de aquí, ya verás. Con lo bien que debe estar fuera". Entonces se encerraba en sus cosas y escuchaba música. En aquellos momentos, incluso parecía guapo".

Apura el vaso y pide otro. Se le ve más relajado después de esta confesión y por primera vez se apoya en el respaldo de la silla. Enciende un cigarrillo rubio, suspende en el humo su mirada, y añade:

—"Un tipo curioso, desde luego".

—¿Sólo hablaban de política?

—"De chavalas, también. De eso sabía mucho. Al principio creí que, con la facha que tenía, nunca lo había probado. Pero me equivoqué. Descubrí que había mujeres en su vida".

—¿Cómo lo descubrió?

Vacila, se instala en sus mejillas un carmin delicado, y dice:

—"Por lo de los condones".

—¿Boadella usaba condones en el hospital?

—"Un día vino a visitarle una mujer. Le traía un paquete. Era una mujer madura, pero muy potable todavía. Ojos negros, un cuerpo muy fino, por lo que pude ver. Hablaba un español espantoso, pero lo hablaba con dignidad, segura de sí misma. Le pedí que abriera el paquete. Dijo: "¿Realmente es necesario, agente?". "Bueno", dije yo, "más que necesario, imprescindible". Y, ¿sabe?, era una

caja de condones. Recuerdo que me eché a reír. "Para qué debe quererlos", pensé".

—¿Quería ligarse a las enfermeras?

—"Nunca lo intentó, al menos durante mi turno. Sólo hablaba con ellas para quejarse de la comida. Nada más".

—Entonces, ¿qué hizo con los condones?

—"Al día siguiente, la mujer volvió a visitarle. Boadella sacó de debajo de la almohada un preservativo, como se dice ahora. Lleno, a ver si me entiende, cerrado con un nudo. Le dijo: "Con todo mi cariño, amor", y se lo entregó. Ella sonrió antes de guardárselo en el bolso, me miró y dijo: "Qué va a pensar este señor, Alberto". A la tar-

de siguiente, lo mismo. Entonces comprendí por qué Boadella se encerraba tanto rato en el baño. Hacía el amor con ella, en diferido. Bueno, usted ya me entiende, como por correspondencia".

Le digo que sí. Y ciertamente, se entiende casi todo.

—"Nunca había visto una cosa así. Nunca se me había ocurrido que algo tan asqueroso como un condón usado pudiese ser un regalo de amor. Yo sólo los uso con las putas, ¿sabe? Me preguntaba qué debía hacer la chica con ellos, me preguntaba si ella..."

No termina la frase. Pedimos más cubalibres y fumamos.



Ilustración: Iago Pericot.

Las voces del local vuelven a un primer plano. Después, habla de nuevo.

—“El problema era que a Boadella cada día le costaba más. Al principio, le bastaba encerrarse en el baño durante diez minutos. Después fueron quince, media hora. Me dijo: “Creo que me vuelvo impotente. Se me están descargando las baterías, leche, y eso será un trauma para ella”. “Desnúdala sin prisas”, le decía yo, “desabróchale la blusa poco a poco y arráncale las bragas brutalmente”. “Te gustaría ver sus pechos, ¿eh?”, decía él. Yo decía que sí para animarle y, además, tampoco me hubiese disgustado. “Vamos, no tengas miedo, Alberto”, le decía, “seguro que podrás, ella confía en ti”. Cuando salía, me enseñaba la bolsita y levantaba el pulgar en señal de victoria. Pero le costaba, era evidente, y un día me pidió que...”

—¿Qué le pidió?
—“Bueno que lo hiciera yo por él, que le llenara la bolsa. “Al fin y al cabo”, dijo, “la morenita no lo va a notar”. El decía “moreneta”, en catalán, claro. Me negué desde luego. Ella no merecía una cosa así, era como robarle la chica, y eso no, de ningún modo, en eso sí que soy legal. Insistió, que estaba muy débil, decía, que estaba deprimido, sin imaginación. Decía: “Yo soy un hombre de acción, no un intelectual, y la maldita no responde sin concretos”. Se me ocurrió una idea. Infringiendo el reglamento, mandé a mi compañero a comprar un “Penthouse”, me pareció más apropiado que el “Play Boy”, para un chico como él. Era lo único bueno que tenía la democracia: poder comprar esas revistas”.

—¿Sirvió?
—“Durante un par de días. Pero el tercero, volvió a tener problemas. Recuerdo que estaba muy nervioso aquella mañana. Decía “hoy no podré, Zacarías, no podré. Me voy a pegar el gran tortazo, lo veo venir”. “Vamos, vamos, eres un pajillero de primera”, le animé. “Lo era”, contestó, “en mis tiempos. Ahora, sólo me excita el arte, es triste reconocerlo”. Y de repente se iluminó la cara. “Oye, Zacarías”, dijo, “con música funcionaría. Algo exaltante y enardecedor”. Le dije que vale, me parecía una buena idea, y él metió un caset

en el caset, dijo: “la Quinta, que tiene más bemoles”. Puso el volumen a tope, apretó el play y se encerró en el baño. Mi compañero y yo estuvimos escuchando la música, era realmente fuerte, era capaz de levantar a un muerto, a un cementerio entero. Realmente vigoroso, usted ya la debe conocer, pa pa papá. Qué fuerte, Dios. La estuvimos oyendo, casi traspuestos, hasta el final. Pensaba “seguro que hoy lo va a llenar, espesa como la lava”.

—¿No sospechó nada?
—“Al final, sí. Se había acabado el caset y él no salía. Me acerqué a la puerta y llamé. Alberto, ¿ocurre algo? Estaba asustado. Sabía que los curas y los intelectuales a veces se corren y la palman. No quería cadáveres en mi jardín, ¿comprende? Al no contestar, abrí la puerta. Vi la ventana abierta, y comprendí. Se

había largado. Para siempre. Grité: “Cabrón, hijo de puta”. Y entonces vi que encima del wáter había un papel escrito. Me acerqué y lo leí”.

—¿Era un mensaje para usted?

—“Sí”.
—¿Puedo preguntarle qué decía?
Z. G. L. sonríe. Llama al camarero, pago, nos levantamos.

—“Venga conmigo —dice—. Se lo voy a enseñar”.

Salimos a la calle. La noche otoñal es suave todavía. En los relojes digitales son las veintitres y diez, y el Paralelo parece dormido. La lluvia enmoquetada el rumor de los escasos coches que circulan. Una ambulancia aúlla como si hubiesen puesto un micro en la boca del herido. Frente al Teatro Condal, Z. G. L. se detiene:

—“Este era el mensaje”— dice.
Levanta los ojos, satisfecho. Miro hacia arriba y lo veo. Está escrito allí, pero ahora, en letras grandes, luminosas, dirigido al mundo: “Bye, bye, Beethoven”.

—“¿Se da cuenta? Lo ha vuelto a escribir para mí —dice, y en voz alta lo lee:— Bye bye, Beethoven”.

Comprendo que es mejor dejarle solo, que ya lo ha dicho todo. “Gracias”, le digo en un murmullo. Me alejo y, al llegar a la esquina, me vuelvo. Z. G. L. todavía sigue allí, inmóvil y de pie, iluminado por los resplandores del mensaje de Boadella, como un con-verso, como un hombre sin futuro.

**“Cuando me dijeron que era actor,
no me lo podía creer. Yo siempre
había pensado que los actores eran
otra cosa. Recuerdo que me dije:
Qué mal debe estar el teatro ahora,
si los actores son así”**